La encarnación, un amor desde "el tú"

Juan Antonio Vives Aguilella (Godella)

Sin duda alguna, los dolores de María –contemplados desde su irrenunciable dimensión pascual– son verdaderas *lecciones de amor*, y de un amor, además, que, por su misma naturaleza y orientación, ha adquirido el sello de *verdadero* o, si se prefiere, el sello de ser *profundamente fiel a su más genuina identidad*.

Frente al *amor posesivo*, que pretende *querer al otro desde el solo yo*, el amor verdadero –expresión de esa limpieza de corazón que enaltece la sexta bienaventuranza, como resultado de haber purificado el propio querer de todo afán egoísta– implica *amar al otro desde su propio tú*, es decir, quererlo en su identidad.

Amar en verdad es, en definitiva y dicho con lenguaje franciscano, amar sin propio o, mejor aún, es la *desapropiación* hecha vida y acción en el ámbito afectivo.

Y ese *amar desde el "tú" de la persona amada* encuentra su más lograda expresión, dentro de la fe cristiana, en la encarnación. Valor este que, por su misma naturaleza, comporta una identificación del amante con el amado, tal como proclama el apóstol Juan cuando escribe que "la Palabra se hizo carne y puso su tienda entre los hombres"[10], o tal como expresa –si se quiere con mayor claridad aún– el apóstol Pablo al decir que "Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser como Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres"[11].

Considerados desde la perspectiva de la encarnación, los dolores de Nuestra Madre pueden ser leídos y meditados como expresiones de distintos –y, a la vez, complementarios– matices del *saber hacerse uno con el otro*, o, si se prefiere, de *saber amar al otro desde su propio "tú", desde su propia y específica personalidad*.

---

[10] Jn. 1, 14.

[11] Filp. 2, 6-7. Al respecto, el padre Fundador escribe: "Es propio del amor el deseo de identificarse en un todo con el amado, elevándole de su condición, si es necesario, o descendiendo de la suya el amante para procurar una perfecta unión de entrambos" (OCLA, 343. Cf. también OCLA, 783).

Respeto a la identidad del otro

En la profecía de Simeón, María y José experimentan –no sin dolor– lo que implica la encarnación con la persona amada, respetando sacralmente su personalidad y amándola, no como uno mismo quisiera, sino como ella necesita ser y sentirse amada.

María y José –pero particularmente la madre– habían proyectado –como suele suceder, por lo demás, entre los padres– sus propios sueños y expectativas sobre el futuro "glorioso" de su hijo. Y la verdad es que no les faltaban motivos para ello. Las palabras del ángel –"darás a luz un hijo, que será grande, que será Hijo del Altísimo, al que el Señor dará el trono de David y que reinará por los siglos y su reino no tendrá fin"[12]– les daban pie y fundamento para "sueños de grandeza". Evidentemente, ellos habían proyectado la realización de la profecía angélica desde sus propias experiencias y vivencias personales. Y desde esta perspectiva, las palabras de Simeón fueron para ellos un verdadero "jarro de agua fría". Tales palabras venían a revelarles que la "grandeza" de su hijo no sería "un camino de rosas", sino una "vía dolorosa". Su hijo estaba destinado a realizar su "leyenda personal", a desarrollar su propia identidad, no según las expectativas que ellos mismos habían alimentado, sino de acuerdo a la misión que le había sido encomendada y para la que había sido convenientemente agraciado.

La aceptación del nuevo panorama revelado por Simeón no fue fácil ni para María ni para José. Como les pasa a muchos padres y madres de familia, el descubrimiento de que los intereses personales de su hija o de su hijo no coinciden con los sueños que ellos mismos habían alimentado sobre el fruto de sus entrañas fue más bien difícil y doloroso y no se produjo de la noche a la mañana. De hecho, después de algunos años, Jesús les tuvo que recordar aún que él "debía ocuparse de las cosas de su Padre"[13] y ellos todavía no lo comprendieron del todo y necesitaron más tiempo para ir madurando en su corazón los acontecimientos que escapaban a sus previsiones"[14]. Al final del itinerario, María –viuda ya de José– aparece completamente identificada con la misión de su hijo, y su presencia en la Calle de la Amargura y en el Gólgota así lo certifica.

Los padres y las madres, llevados, por lo general, por el amor a sus hijos, tienden, como por instinto e inercia, a proyectar en el futuro de ellos lo que, a su entender, sería lo mejor para su felicidad y bienestar. La intención, ciertamente, no es mala, pero en este proceso hay un error de peso, que puede acarrear con el tiempo incluso nefastas consecuencias.

---

[12] Lc. 1, 33.
[13] Lc. 2, 49-50.
[14] Lc. 2, 51.

Bajo la pretensión del amor, se está disfrazando todo un proceso de acaparamiento y despersonalización del hijo o de la hija. Y todo porque se pretende quererlo desde el propio yo y los propios intereses y no se ha hecho el necesario proceso purificador del amor para llegar a quererlo desde el "tú" y desde los intereses del propio hijo o hija.

¡Cuán difícil resulta a veces superar en educación las tentaciones de *colonizaje* o de *clonaje*! La primera tiende a regir y dirigir de tal manera al otro que no se le dan espacios de crecimiento. La otra –y ésta es aún más dañina, si cabe– pretende hacer del otro un ser "en todo" a la "propia imagen y semejanza". Tanto una como otra –y en esto coinciden– esconden, bajo el falso manto del amor, una enfermiza inclinación a la autoadoración, a colocar el propio "yo" como alfa y omega del amor mismo.

Es cierto que para los padres un hijo no se acaba de parir nunca. Al parto físico, seguirá paulatinamente el psicológico, el afectivo, el convivencial… Es algo normal, como lo es también el hecho de que, por muy lejos que una hija o un hijo puedan estar, los padres siempre los tendrán presentes en el propio corazón. Y esta presencia será tanto mayor, cuanto mayores sean las dificultades o distancias en que sus hijos puedan encontrarse. Lo verdaderamente importante es que esta cercanía y este afecto –expresión de alguna manera de un *cordón umbilical* que se resiste a romperse del todo– no sean acaparadores de la identidad personal de los hijos, sino potenciadores de un amor cada vez más purificado de egoísmo y más encarnado en la realidad de ellos, que sea, en definitiva, cada vez más *un amor desde el "tú"*.

Solidaridad con el necesitado

La huida a Egipto trasmite con nitidez el mensaje de la capacidad de encarnación, matizada con el valor de la *solidaridad*, que, por su misma naturaleza, implica el compromiso de unir la propia suerte a la de aquel con el que creamos voluntariamente unidad de sentimiento y de acción.

La solidaridad con el necesitado es posible cuando se parte, no de las aspiraciones del propio yo, sino de la concreta e integral situación de aquel con el que se ha optado por establecer algo sólido y compacto, es decir, cuando se parte del "tú" de aquel con el que uno mismo se siente comprometido.

María y José ligan su suerte y se juegan su bienestar por el bien de su hijo, amenazado de muerte. Su solidaridad con él es natural, pues surge de los lazos afectivos de la sangre. Pero no siempre es así en la vida. La solidaridad no puede circunscribirse y limitarse sólo a aquellos con quienes nos une familiaridad, está llamada a expandirse tanto más en el entorno cuanto mayores y más perentorias sean las necesidades que en él se presenten.

Amor a la medida

En el tercer dolor, María y José *buscan angustiados* al hijo que creían extraviado. La verdad es que uno no llega a saber con seguridad si el extraviado era el niño o eran ellos mismos. De hecho, las palabras que Jesús les dirige cuando se encuentran –"¿No sabíais que debía ocuparme de las cosas de mi Padre?"[15]–, aparte de hacerles caer en la cuenta, como arriba se ha comentado, que él debía ser, ante todo, fiel a la "leyenda personal" que el Padre había trazado, parecen sugerir eso último.

María y José comienzan la búsqueda del hijo, partiendo del propio modo de sentir y de pensar, y es precisamente su hijo quien les ayuda a entender que se hubiesen ahorrado su angustia y caminata, si hubiesen empezado a buscarle desde el sentir y pensar, desde la personalidad, de él mismo.

Incluso en la búsqueda del otro hay que partir, no desde el "yo" de quien busca, sino desde el "tú" de aquel a quien se quiere encontrar, pues cada persona necesita "ser buscada" de acuerdo a su propia identidad o, dicho de otra manera, necesita "ser amada" a la medida de sus propias expectativas y necesidades.

Esa gran lección de la *búsqueda personalizada o del amor a la medida* –nuevo matiz de una encarnación, de un amor, que se centra en el "tú" del amado– queda meridianamente clara en la gran parábola o, si se quiere, en el gran *poema pedagógico* que Lucas recoge en su evangelio[16]. A través del tríptico en que se organiza dicho poema –el extravío de la oveja, del dracma o del hijo pequeño– se quiere trasmitir al oyente el mensaje de que cada situación, cada persona, necesita "para ser encontrada" una respuesta personalizada, y que lo que para uno puede ser válido, para otro puede ser absolutamente contraproducente. La oveja necesitaba que el pastor fuese tras ella hasta localizarla. La dracma sólo requería de la mujer limpieza de la propia casa, del propio ambiente. Y el hijo pequeño tenía necesidad de tiempo para realizar sus sueños adolescentes, para extraer de su experiencia conclusiones, y tenía necesidad también de sentir, al regresar, el cariño personalizado de un padre que, mientras sufría su ausencia, esperaba sin prisas y sin reproche alguno su regreso.

Hacerse el encontradizo

El encuentro de María con Jesús en la Calle de la Amargura es posible gracias a que ella va al encuentro de su hijo. Y esta actitud de *hacerse la encontradiza* evidencia con toda nitidez la dinámica de "un amor que, una vez más, parte desde el 'tú' de la persona amada".

---

[15] Lc. 2, 49.
[16] Lc. l5, 1-32.

Favorecer el encuentro –algo muy distinto a encontrarse con otro por casualidad– comporta, por su propia naturaleza, que quien lo desea y busca tenga muy presente el modo de ser y de actuar de aquel con el que desea encontrarse.

Vivir la encarnación como encuentro con el otro es algo de lo que la actual civilización posmoderna está muy necesitada, pues precisamente hoy uno de los grandes hándicaps o carencias es la desorbitada tendencia a un egoísmo –a un centrarse en los propios intereses, a un estar mirando constantemente el propio ombligo–, que favorece un creciente individualismo y un consecuente aislacionismo social.

Sólo hay encuentro cuando quienes buscan son capaces de olvidar sus propios "yoes" y sentir y pensar desde "tues" de los otros. Paradigmático al respecto puede ser la experiencia misma del Principito de Antoine de Saint Exupéry. Al inicio del poema, él vivía en su pequeño planeta con su rosa. Ella quería *encontrarse* con él, pues, aunque vivían el uno junto al otro, sus sentimientos estaban a años luz de distancia. Y en su intento de encuentro, ella –la rosa–, profundamente enamorada ya entonces del pequeño personaje y que sólo tenía ojos para él, recurría a mil argucias con tal de llamar su atención. Pero él –encerrado en sus propios sentimientos y pensamientos, en su propio cascarón– no era capaz de percibir la ternura de su flor; pues, como él mismo reconocería después: *era demasiado joven* –demasiado inmaduro, demasiado egoísta– *para saber amarla*. Sólo cuando el zorro le mostró el arte de *crear lazos afectivos* empezó a comprender que, para entender a su rosa, debía interpretar sus sentimientos desde ella misma y no desde el propio yo. Y sólo entonces descubrió la grandeza y unicidad de aquella flor que, de forma gratuita, le venía queriendo entrañablemente desde hacía ya mucho tiempo; sólo entonces se percató de cuánto la quería también él, y sólo entonces, haciéndose el encontradizo con ella, con sus sentimientos, la encontró de verdad.

Presencia incondicional

Cuando a la persona se la ha llegado a "querer como es", se la ha llegado a apreciar y valorar desde su propia personalidad, desde su "tú", y no desde el "yo" de quien ha tenido la iniciativa de la acción amorosa, el amor adquiere la cualidad de *incondicional*.

En realidad, los condicionamientos en el amor son resultado siempre de haber pretendido querer desde el propio yo, distorsionando así la realidad del otro, que pasa a convertirse entonces en una subjetiva proyección de los propios pensamientos, sentimientos o deseos.

Al aceptar y querer a la persona concreta desde su identidad se evitan las "des-ilusiones" y los "des-engaños" –frutos siempre de las idealizaciones o

autoengaños del propio yo– que son, en definitiva, los grandes condicionantes del amor.

Y una de las manifestaciones más propias del *amor incondicional* es, sin duda, la de acompañar a quien se quiere con una presencia, tanto más cercana, afectuosa y comprometida, cuanto mayores puedan ser las dificultades por las que está atravesando. Los amigos de verdad se reconocen porque, cuando las cosas le van mal a alguno de ellos, se hacen presentes sin necesidad de que se les llame.

Al pie de la cruz, sólo estaban los "incondicionales": un pequeño núcleo familiar –presidido por la madre– y los dos amigos de Jesús –Juan y la Magdalena– que se habían sentido profundamente queridos por él, porque se habían dejado querer y no habían pretendido –como le pasaba, por ejemplo, a Pedro– ser ellos los únicos protagonistas de la acción. Y precisamente porque se habían sentido queridos en su individualidad, también ellos habían aprendido a "quererlo como era", se habían ido identificando con su persona, se habían ido comprometiendo con su situación y, como la cosa más natural del mundo, no sólo lo habían seguido en su itinerario doloroso, sino que permanecieron fieles al pie de su cruz, cuando otros, que parecían incluso dispuestos a dar su vida por él, brillaron por su ausencia.

Acogida afectuosa

Acogiendo en su regazo al hijo muerto, María expresa y trasmite un nuevo matiz de la capacidad de encarnarse en la vida del otro, amándole desde su "tú".

En realidad, la acogida de María para con su hijo había comenzado hacía algunos años. A las palabras de Gabriel, había respondido entonces: *"Hágase en mí, según tu palabra"*[17]. Con ello expresaba ya de forma clara su decisión de dejar "entrar en la propia casa" a aquel que le había sido anunciado, de ponerse totalmente, como "servidora", a disposición de quien estaba para llegar.

Acoger al otro es ponerse a su servicio, es superar decididamente el "yoísmo", que no sólo impide querer a los demás desde ellos mismos, sino que imposibilita también el "dejarse querer", el permitir que el otro pueda actuar en uno mismo. Este *acoger* es lo que el Principito solía denominar *domesticar* y que, lejos de todo afán "dominador" por parte de quien acoge o es acogido, implica –desde su más original etimología– convertirse uno mismo en un *ámbito acogedor* tal que el "huésped" llegue a sentirse "como en su propia casa". En este sentido, *domesticar* es lo que el apóstol Juan, fiel al testamento recibi-

[17] Lc. 1, 38.

do del Maestro al pie de la cruz, realizó al *acoger* –como él mismo escribe– a *María en su casa*[18].

Optimismo vital

Otra de las consecuencias naturales del "amor desde el tú", otro de los matices de la encarnación vivida y actuada como "peregrinaje del propio yo hacia la tierra prometida del otro", es el de *creer*, aun contra toda humana esperanza, en las ilimitadas posibilidades de crecimiento y superación de la persona amada.

En ese sentido, el amor se reviste de *optimismo* y *esperanza* ante el futuro de quien se ama, como expresa, por ejemplo, María, que, en su soledad, vivió anticipadamente la pascua de su hijo, o como expresa también aquel siervo –reflejo de la misericordia divina– que suplica por la higuera estéril con la paciencia esperanzada de quien está convencido de que la situación va a cambiar radicalmente y de que siempre se puede hacer algo más[19].

EPLA, 11 de abril de 2014.
Festividad de Nuestra Madre y primeros vísperas del 125 aniversario de la Fundación de la Congregación.

[18] Jn. 19, 27.
[19] Lc. 13, 6-9.